

# Cine experimental

Título:

Sobre la naturalidad

Autor/es:

Fernán-Gómez, Fernando

Citar como:

Fernán-Gómez, F. (1946). Sobre la naturalidad. Cine experimental. (7):10-13.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42689>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# SOBRE LA NATURALIDAD

Por FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ

Un joven actor nos habla aquí de la teoría de su oficio. La naturalidad en la interpretación, factor elemental y difícil del resultado escénico total, es analizada profesionalmente, pero de una manera objetiva, por Fernando Fernán-Gómez, perteneciente a la generación vocacional y universitaria del "cine".



Fernando Fernán-Gómez

Cuando se inicia la reacción contra un tópico, pocos son los que se adscriben a ella; en cambio, en cuanto comienza a vislumbrarse su transformación en nuevo tópico, la mayoría acude a engrosar sus filas. Como consecuencia, siempre que una tendencia empiece a contar con la aprobación de la mayoría, hemos de recelar de su autenticidad.

La mayor parte de los actores, tenidos como buenos por su naturalidad, no nos ofrecen en sus interpretaciones sino monotonía, uniformidad y carencia absoluta de matices y de contrastes.

Se confunde "naturalidad" con "impasibilidad". El actor que pretende ser moderno evita los movimientos y los gestos violentos, grandes y acentuados; llega, en muchísimos casos, a estereotipar en su rostro un gesto único —al estilo del cómico Buster Keaton—, y habla con una voz impostada, monótona. Este procedimiento, ayudado por la propaganda y amparado en la estética facial, en la luminotecnia y en el maquillaje, fué empleado, con buen éxito de plebe, por la industria cinematográfica norteamericana para la "standardización" de sus actores. La palidez, las lágrimas y el sudor de parafina, la luz teatralmente dispuesta —en el sentido figurado de la palabra "teatral"—, aplicado a un rostro impassible, consiguen dar impresión de fatiga, de muerte, de misterio, con ausencia completa del arte del actor.

Como en nuestro clima se propagan con gran facilidad las ideas cómodas, pronto han aprendido nuestros actores que esta impassibilidad evita caer en la exageración y el ridículo; pero, por lo visto,



Bette Davis



Orson Welles



Ginger Rogers



Claudette Colbert

nuestros técnicos aun no han aprendido a manejar los otros factores, con lo que resulta que la impasibilidad queda, simplemente, en impasibilidad.

Hace ya bastante tiempo, aunque los recién llegados se crean sus descubridores, comenzó a triunfar en los escenarios la escuela de la naturalidad o "realista". Zacconi, que ahora se acerca a los noventa años de edad, triunfó en París, en su juventud, como paladín de dicho estilo. Y en España, en una categoría infinitamente menor, esa fué la innovación de don Fernando Díaz de Mendoza, quizá contrarrestada por la influencia de María Guerrero, que, según parece, estaba algo influída por la llamada "escuela francesa" (afectación, entonación musical de las frases, declamación cantada).

Esto no quiere decir que aquella naturalidad fuere tan natural como la de ahora. Ante Antonio Vico —el de hoy—, Díaz de Mendoza resultaría afectado, como Ermette Zacconi lo resulta ante James Stewart. Todos los descubrimientos van progresando en la dirección que les señaló su descubridor. El que un "Malford" de hoy sea tan distinto del primer modelo "Ford" no nos autoriza a afirmar que aquello no era un automóvil.

Considero magnífica la naturalidad como recipiente adecuado para cualquier procedimiento de interpretación, pero nunca como fin. El fin, esto no debe olvidarse jamás, ha de ser el arte.

Me resulta gracioso ver a esos actores que se mueven poco, hablan constantemente con la voz en el mismo sitio —de cabeza, o engolada, o de pecho, o de estómago—, dándole siempre la misma intensidad y el mismo ritmo, sin advertir que incurren, precisamente, en el defecto básico de "entonación", que caracterizaba a la escuela opuesta a la que ellos creían pertenecer.

Yo creo que el mejor camino para lograr una buena interpretación es el de considerar cómo es el personaje y qué situación vive. Cómo es en la vida y cómo está en el instante. Después interpretar sin es-

clavarse a ningún tópico ni a ninguna escuela. Sólo así, entre aciertos y errores, elogios y censuras, irá surgiendo a nuestra superficie el peculiar estilo inevitable que, si Dios nos ha dado la gracia del arte, tendremos en el fondo.

El estilo natural que nació del convencimiento de quienes lo difundieron se ha convertido, posteriormente, en moda; luego, en rutina, y, por último, como sucede siempre, en un "comodín" exclusivamente dialéctico, cuyo significado no conoce casi ninguno de los que lo emplean.

La naturalidad se refiere a que sea natural el modo en que el personaje se desenvuelve en el ambiente y situación. Hace muy poco, se ha estrenado una película española ambientada en la época del "dandysmo", y con escenas que transcurrían en el propio Londres. Sólo dos, de los numerosos actores del reparto, han intentado representar sus papeles con la afectación necesaria. Los demás, dentro de la uniforme naturalidad al uso, o pretendiendo estar en ella, no se han enterado de que interpretaban un



Manuel Lana



Jimmy Durante



Patsy Kelly



Joe E. Brown



Eddie Cantor

episodio de una de las épocas más afectadas de la Historia. Estos actores han debido interpretar con afectación. No, claro es, por ser actores vestidos de "dandys", sino por ser "dandys", que ya es bastante. ¿Cómo en un té de aquella época pueden tener los caballeros "naturalidad" en el habla, en el gesto, en el andar y en la postura? ¿Cómo pueden tener, en fin, aire de deportistas contemporáneos?

Naturalidad es algo bien distinto a hacerlo todo igual, sin alterarse por nada, ni por nadie. Que un

hijo insulte a su padre, no es natural. Que nuestra novia sea nuestra hija, no es natural. Que el amigo con quien estamos charlando en un bar caiga muerto por una cerbatana, no es natural. El actor que represente con naturalidad —empleando la palabra en el sentido de impasibilidad que han tomado— estas situaciones está radicalmente alejado del modo de interpretar realista.

Toda concepción de la naturalidad distinta a la de un aditamento que ha de envolver a la interpretación conducirá, indefectiblemente, a los vicios de inflexibilidad y monotonía.

Es quizás indispensable y, desde luego, conveniente y recomendable en alto grado, la naturalidad, pero es fundamental la interpretación, la representación, ya sea exacta o estilizada.

Los viejos actores teatrales que aun quedan por los escenarios, y algunos jóvenes anticuados, incurren en exageraciones por su afán de caracterizar un tipo, de convertir cualquier personaje, más o menos extraño, en un caso patológico, de apurar un mutis; el moderno actor cinematográfico —sobre todo si nos referimos concretamente al español—, incurre con gran frecuencia en defecto de inexpressión absoluta. Al no estar entrenado en este juego de la expresión, por fuerza ha de resultarle ésta falsa, afectada, cuando el director la exige.

Todos los que, por miedo a exagerar, recurren al subterfugio de "no hacer", están consiguiendo lo contrario de lo que se proponen: un estilo de representar anticinematográfico. Pues si en el teatro convienen el contraste y el matiz de las expresiones, en el *cine* son imprescindibles.

Está a punto de concluirse la etapa en que la naturalidad era una reacción contra las formas afectadas; ahora entramos en la etapa que tiene como afectación la naturalidad mal entendida, y se va haciendo necesaria una reacción contra ella que venga por los caminos de la sinceridad y del arte.



José María Lado



Jean-Louis Barrault, en "Les enfants del Paradis", de Marcel Carné.